A LA VUELTA DE LA ESQUINA

ÁNGEL CRESPO (1926–1995)

El pasado mes de diciembre falleció en Barcelona el poeta Ángel Crespo. Sus amigos le sabíamos enfermo, pero nada podía hacernos pensar en el rápido final que han tenido sus días. Conservó hasta el último momento su lucidez, y un rasgo muy de su carácter: el espíritu risueño, una rara alegría que se mostraba ante los amigos bajo la forma de una superior afabilidad y una capacidad para el diálogo verdaderamente inusual. Ninguna contradicción —más bien todo lo contrario— había en el hecho de que esa faz risueña correspondiera a un espíritu profundo, de fondo religioso, que en sus últimos años se interesaba de manera muy especial por el saber mistérico y, en general, por las formas ocultas de la espiritualidad. Se trataba de un interés muy relacionado con otro rasgo no menos definitorio de su temperamento: la curiosidad intelectual, que en él alcanzaba insospechados límites, y que en su conversación, tanto como en sus escritos, se mostraba casi como un enciclopedismo: de la pintura a la historia, de la geografía a las lenguas, de la historia de las religiones a la de las costumbres. Un rápido repaso a los artículos y notas críticas que publicó en el suplemento cultural del madrileño *Diario 16* en estos últimos años da buena idea de esa universal curiosidad. Todos los que lo conocimos sabíamos, además, de su generosidad extraordinaria. Ese era Ángel Crespo. Así era la persona.

Cuando un hombre muere, su perfil cambia, se ha dicho. *Tel qu'en Lui–même enfin l'éternité le change*. ¿En qué cambiará el tiempo al poeta Ángel Crespo? Lo hará ser más él mismo, lo hará ser de una manera aún más clara lo que ya es: uno de los poetas españoles más representativos de la segunda mitad del siglo XX. Sin embargo, no es esta, a pesar del general aprecio en que es tenida la obra poética de Ángel Crespo, la "imagen primera" que hoy por hoy ofrece en España la personalidad del poeta de *El bosque transparente*. El Ángel Crespo traductor y ensayista ha quedado antepuesto muchas veces, a ojos de la crítica y de los lectores, al Ángel Crespo poeta. Es innegable que su tarea de traductor (del portugués, del italiano, del catalán, del francés, del retorromano, del latín) ha sido de excepcional importancia: Crespo fue autor no sólo de la mejor versión española de la *Comedia* sino también de espléndidas traducciones de Petrarca y del *Cantar de Roldán*, de D'Annunzio y de Guimaraes Rosa, de Maragall y de Cabral de Melo. Pocos como Crespo han contribuido tanto desde el ámbito hispánico al diálogo cultural, pocos como él han sido tan conscientes de la importancia y la necesidad de la traducción como un lugar de encuentros interculturales. El *inteletto d'amore* que puso en esa tarea fue de todo punto admirable. También su obra ensayística y crítica le ha otorgado un importante lugar entre quienes se han ocupado de pensar contemporáneamente el significado de la creación literaria, y de manera especial el significado de la palabra poética. En efecto, desde *Poesía, invención y metafísica* (editado en 1970 en Puerto Rico, de cuya Universidad fue profesor durante muchos años) hasta *Las cenizas de la flor* (1987), Crespo se preocupó por llegar al sentido último del arte verbal. Por otra parte, el meticuloso traductor del *Libro del desasosiego* de Bernardo Soares–Fernando Pessoa es considerado una autoridad en la obra de este poeta central en la historia de la poesía del siglo XX, del que Crespo escribió la que es tal vez su más completa biografía intelectual (*La vida plural de Fernando Pessoa*, 1988). Precisamente apenas unos días antes de su muerte veía la luz el libro *Con Fernando Pessoa*, nuevas e importantes páginas críticas sobre el poeta de los heterónimos.

No puede, en efecto, rebajarse la importancia de esas tareas: la traducción y la crítica (para Crespo, la traducción era una forma especialmente comprometida de la *crítica* de la cultura, una de sus formas tal vez más radicales). Sin embargo, conviene no olvidar que Crespo era —es— ante todo un poeta, y que la poesía fue el centro desde el cual irradió la totalidad de su trabajo. Desde sus primeros poemas —recopilados recientemente (1993) con el título de *Primeras poesías (1942–1949)*—, hasta los últimos, la obra poética de Ángel Crespo está definida por su singularidad y por su directo entronque

con las líneas mayores de la modernidad lírica (incluida la fiebre o el furor vanguardista, que durante unos años le vinculó al postismo). No hace mucho, y con destino a un libro antológico que deberá aguardar su momento y su "definición mejor", hube de releer la totalidad de la obra poética de Crespo, casi toda ella recogida en volúmenes colecticios que ofrecen textos definitivamente establecidos y ordenados. Poemas como "El ciervo", "Sobre la nada", "Jardín de Turena", "A la luz", "Uno de mis pies" o "El muro" —cito sólo unos pocos, mezclando de manera deliberada los poemas breves y los extensos— están entre lo mejor de la poesía hispánica de nuestro tiempo.

Del mismo modo que no puede olvidarse esta obra poética, tampoco puede ser, por lo demás, contemplada aisladamente. La unidad del trabajo intelectual y creador de Crespo me parece una de sus claves fundamentales, uno de sus sentidos más altos. Y es que, como en su amado Alighieri y como en otros poetas de la tradición de Occidente, en Crespo convivían, dialogaban y se enlazaban la creación y la reflexión, o, para decirlo con palabras de Curtius, el *mito* y el *método*. ¿No es esta, justamente, una de las mejores tradiciones occidentales, si no la *tradición* por antonomasia? Precisamente a algunos de los poetas–pensadores que conforman esa tradición dedicó Crespo gran parte de sus esfuerzos como traductor y como crítico. Es difícil acercarse hoy desde el orbe hispánico a Dante, a Petrarca o a Pessoa sin verse en la necesidad de consultar (se hace con provecho y placer extraordinarios) tanto las traducciones de Crespo como sus libros *Dante y su obra* (1979), *Estudios sobre Pessoa* (1984), etc. Aquí radica, a mi ver, la importancia de la obra de Ángel Crespo, el sentido de su aportación: desde su pasión por la palabra escribió sus poemas y nos acercó a mundos apasionados por la palabra. Aquí reside, en efecto, su significación más profunda: en su condición al mismo tiempo creadora e intelectual, una condición menos frecuente en el área hispánica que en otros dominios culturales: el poeta crítico, la creación y el pensamiento aunados en una obra que el tiempo inscribe ya en su claridad.

ANDRÉS SÁNCHEZ ROBAYNA

ÚLTIMO PARAÍSO

Hace más o menos dos años que desapareció *Syntaxis*, la revista de poesía y arte dirigida por nuestro amigo Andrés Sánchez Robayna. A la par de este final nació también en Canarias otra publicación que, en más de un sentido, continuó con la valiosa labor de aquella. En efecto, durante sus breves doce números *Paradiso* quiso ser un saludable regalo en contra de "la mala salud de la poesía española actual", según decía el editorial de la primera entrega.

Sin duda Rafael–José Díaz (director) y Alejandro Krawietz (secretario de redacción) cumplieron a cabalidad con dicho aviso; quedan ahí un puñado de valiosos ejemplares con lo mejor de la crítica, la plástica y la poesía española de hoy, a la cual le acompañan, como es debido, varios extraterritoriales: Juan Goytisolo, Valente, Severo Sarduy, Ullán, Tomlinson, Bunting, Luzi, Tàpies, Ràfols–Casamada, Vicente Rojo y un largo etcétera. El último número (diciembre de 1995), bellamente ilustrado por Chillida y con el que concluye el ciclo editorial de *Paradiso*, está dedicado íntegramente al homenaje de Andrés Sánchez Robayna: amistosa reciprocidad a una presencia determinante en la revista. Dentro de las colaboraciones ahí incluidas, rescato este poema de Ángel Crespo, de quien en estas mismas páginas se ocupa Sánchez Robayna:

ANDRÉS SÁNCHEZ ROBAYNA

El amigo que está
en las islas (palabras
con silencio) tejiendo
va su propio archipiélago
—y a veces
cuenta— y aunque los números
sean siempre diferentes,
nunca falta ni sobra
isla ninguna ni ola.

Fluida exactitud,
imagen que en sí misma se refleja
(para abarcar el mundo),
el poema se torna geografía
que, al inventarse, acierta
a hacer que resplandezca la unidad
del propio rostro y mundo
en cada isla, ¿o es en cada ola?

La hermandad de *Syntaxis* y *Paradiso* me hace pensar, sin embargo, en ese juego de las decapitaciones lezamiano que cita Rafal–José Díaz en la presentación de este homenaje. Él e "insulares" como Robayna nos prometen un nuevo renacimiento; seguramente, otra publicación futura: "los doce números de *Paradiso* son sólo los primeros peldaños de una larga escala extendida sobre las aguas".

DAVID MEDINA PORTILLO